

CECILIA DE MARSILLY

Alejandro Dumas

INTRODUCCION

Era entre la paz de Tilsitt y la conferencia de Erfurth, esto es, cuando se hallaba el esplendor imperial en todo su apogeo.

Una mujer, en traje de mañana, vestida con un largo peinador de muselina de la india, guarnecido de magníficos encajes, al extremo del cual no se divisaba más que la punta de una pequeña zapatilla de terciopelo, y peinada como se estilaba en aquella época, es decir, con el pelo sobre lo alto de la cabeza y la frente rodeada de numerosos bucles castaños, que indicaban, por la regularidad de sus anillos, la obra reciente del peluquero, se hallaba recostada en una larga silla forrada de raso azul, en un lindo gabinete, que era la pieza

más retirada de una habitación situada en el piso principal de la calle Taithout, número 11.

Digamos cuatro palabras acerca de la mujer, otras cuatro del gabinete, y luego entraremos en materia.

Aquella mujer, casi a primera vista hubiéramos podido decir aquella muchacha, aunque tenía unos 26 años, no aparentaba arriba de 19; aquella mujer, decimos, además de la elegancia de su estatura, la pulidez de sus pies y la blancura mate de sus manos, estaba dotada de uno de esos semblantes que en todo tiempo han tenido el privilegio de hacer perder el juicio a las cabezas más seguras de sí mismas. Y no era porque fuese precisamente bella, sobre todo, del modo como se entendía la belleza en aquella época en que los cuadros de David habían arrastrado a la Francia entera el gusto por lo griego, tan dichosamente abandonado en los dos reinados precedentes, no; antes al contrario, su belleza peculiar era notable por caprichosos caracteres. Quizá eran sus ojos demasiado grandes, su nariz muy pequeña, sus labios sonrosados con exceso, su cutis demasiado transparente; pero sólo cuando el rostro encantador permanecía impassible, era cuando podían reconocerse aquellos extraños efectos, porque cuando se animaba con una expresión cualquiera la persona, cuyo retrato intentamos bosquejar, tenía el don de plegar su semblante a todas las expresiones posibles, desde la de la virgen más tímida, hasta la de la libertina más desenfrenada; y cuando se animaba, decimos, con una expresión cualquiera de tristeza o de alegría, de compasión o de burla, de amor o de desdén, todas las facciones de aquel lindo rostro se armonizaban de tal suerte, que no podría decirse cuál de ellas se había de modificar, porque, añadiendo regularidad al conjunto, se quitaba expresión a la fisonomía.

Aquella mujer tenía en la mano un rollo de papel, en el que había trazadas líneas de dos letras diferentes. De vez en cuando levantaba la mano con un ademán de fatiga lleno de gracia, ponía el manuscrito a la altura de sus ojos; leía algunas de sus líneas, haciendo una graciosa mueca, y luego, dando un suspiro, dejaba caer de nuevo su mano, que a cada momento parecía dispuesta a abrirse para dejar escapar el mal aventurado rollo de papel, que parecía ser por el momento la causa principal de un fastidio que no trataba

—¡Mejor, mucho mejor! —respondió la enferma—; decid a mi madre que no ha sido más que una indisposición momentánea, y que no se incomode a venir.

Cecilia estrechó entre las suyas la mano de su madre, y la besó derramando lágrimas.

La crisis había efectivamente pasado, como había dicho la baronesa; pero cada una de aquellas crisis la debilitaba espantosamente; así es que por más instancias que su madre le hizo, Cecilia no quiso volverse a su cuarto; la doncella le dispuso una cama junto a la baronesa, y pasó la noche a su lado.

Entonces fue cuando Cecilia pudo apreciar lo que eran las noches de su madre, noches de agitación, durante las cuales los cortos intervalos de un sueño febril no podían reparar las fuerzas agotadas por una tos continua.

A cada movimiento que hacía la baronesa. Cecilia se aproximaba a su lecho, porque aquella vez se había apoderado de ella una cruel inquietud. Así fue que la baronesa, procurando contenerse delante de su hija, aumentaba sus padecimientos.

Con todo, hacia la madrugada, rendida al fin la baronesa, se durmió; Cecilia veló aún por algún tiempo, pero al fin la naturaleza venció su voluntad, y se durmió a su vez.

Cecilia, en aquella noche, pudo convencerse de que los sueños son cosas independientes de nuestra voluntad, porque así que hubo cerrado los ojos, olvidó todo cuanto acababa de suceder, y desde la habitación de su madre se vio trasportada a unos magníficos jardines llenos de flores y de aves; pero aquella vez, por un extraño misterio, y del cual la razón aceptaba el resultado sin tratar de averiguar la causa, el perfume de las flores era un lenguaje, y el canto de los pájaros un idioma que comprendía perfectamente, no por intuición, como lo hacía en su jardín, sino por un perfeccionamiento de su organización, porque un vago sentimiento le decía que estaba en el cielo; aves y flores alababan a Dios.

Después, repentinamente, sin que ella le viese venir, sin oírle aproximarse,

Únicamente la tumba de la madre de Cecilia se distinguía de todas las demás, que no eran más que montecillos más o menos cubiertos de césped, por una pequeña cruz negra, sobre la que se leía en letras blancas el nombre de la baronesa.

Pero esa tumba y esa cruz estaban en un rincón del cementerio, bajo hermosos árboles siempre verdes, y presentaban un aspecto pintoresco que no tenía ninguna otra parte de aquel triste campo de luto.

Cecilia fue a arrodillarse ante aquella tierra removida, que besó tiernamente. Ya en su imaginación, conociendo lo pobre que era para erigir un monumento a su madre, había transportado las rosas y lirios más hermosos de su jardín a aquella tumba; en la primavera próxima debía ella ir a respirar allí el alma de su madre en el perfume de sus flores. Éste era un consuelo al que le era preciso renunciar. Jardín, cuarto, tumba, a todo esto tenía que decir adiós.

Cecilia sacó un diseño de la tumba de su madre.

Luego, conforme hacía este diseño, sin saber cómo ni por qué, aquella imagen de Enrique, que durante los días que acababan de transcurrir había permanecido vagamente en lo íntimo de su memoria, se hacía más distinta, más visible, más presente, por decirlo así. Parecíale que, desterrada un momento de su vida, los sucesos recientes le hacían volver más íntima, más necesaria que antes; su pensamiento se hallaba como un lago turbado por la tempestad, que conserva por algún tiempo su agitación, pero que a medida que la tempestad se calma, recobra su pureza y refleja de nuevo los objetos que antes se reflejaban en él.

Y a medida que Cecilia adelantaba su dibujo, le parecía, no sólo que Enrique vivía en su memoria, sino que estaba allí materialmente en persona.

En aquel momento oyó a sus espaldas un ligero ruido; volvió la cabeza, y vio a Enrique.

Éste se hallaba tan presente en su memoria, que no se admiró de verle.

¿No os ha sucedido alguna vez sentir por un instinto magnético ver con los

ojos del alma, por decirlo así, a una persona amada y acercarse a vos, y sin volver el rostro adivinar que está allí y alargarle la mano?

Enrique, que no había podido venir tres días antes con su tía, había venido solo, no para presentarse en casa de la marquesa, que no era tal su intención, sino para visitar aquel rincón de tierra, que sabía muy bien visitaría Cecilia tantas veces.

La casualidad había hecho que allí encontrara a Cecilia.

¿Por qué no le había ocurrido a Eduardo aquella piadosa peregrinación?

Cecilia, que ordinariamente se atrevía apenas a mirar a Enrique, le alargó la mano como a un hermano.

Enrique tomó la de Cecilia, la estrechó entre las suyas, y le dijo:

—¡Ay! ¡Cuánto he llorado por vos, ya que no podía hacerlo a vuestro lado!

—Caballero Enrique, —dijo Cecilia—; siento un placer en veros.

80

Enrique se inclinó.

—Sí, —contestó Cecilia—; porque he pensado en vos; tengo que pedir os un gran favor.

—¡Dios mío! ¿En qué puedo serviros señorita? —exclamó Enrique—; hablad, que mi mayor placer será seros útil en algo.

—Caballero Enrique, nos ausentamos, y dejamos la Inglaterra por mucho tiempo, quizá para siempre.

La voz de Cecilia se debilitó, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas; pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, continuó:

—Caballero Enrique, os recomiendo la tumba de mi madre.

esperanzas.

Aquella acta era la aparición de la muerte misma; de la muerte, fría, impasible, inexorable; de la muerte, despojada de todas esas precauciones de que la acompaña la bondad de Dios o la previsión de un amigo.

Así era que Cecilia no tenía fuerzas sino para repetir continuamente esta palabra:

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!

En cuanto a la marquesa, estaba aterrada, pues de un golpe de vista había reconocido todo lo que tenía de terrible aquella catástrofe para ella y su nieta.

Todas sus esperanzas de descanso, de bienestar y de brillo descansaban en Enrique de Sennones.

La carta que había escrito ocho días antes de salir de Guadalupe, y en la que daba a Cecilia cuenta de su pequeña fortuna, había servido de base a los cálculos de la marquesa. Ya todo había acabado. Enrique había muerto, los diamantes estaban vendidos, los recursos de la desgraciada familia agotados, y no le quedaba nada, absolutamente nada, especialmente a los ojos de la marquesa, porque ésta ignoraba que hacía tres o cuatro meses todos vivían únicamente con el trabajo de Cecilia. Sólo la señorita Aspasia lo había echado de ver, porque dos o tres veces había manifestado a la marquesa el deseo de retirarse al campo, alegando el pretexto de que su quebrantada salud necesitaba mucho descanso.

El dolor de la marquesa fue, pues, mayor de lo que Cecilia había previsto, porque Cecilia no podía leer en el fondo del corazón de su abuela las verdaderas causas de aquel dolor.

Aquello fue un bien para la pobre niña, porque por un momento, al ver vacilar a su abuela, cobró fuerzas para sostenerla. La marquesa había bajado de su cuarto con un peinador; volviéronla a conducir a su alcoba y se acostó.

Entre tanto, Cecilia no podía contentarse con aquel frío anuncio de la muerte

